

Fray Servando en Madrid*

Christopher Domínguez-Michael

1. La ciudad excrementicia

El aventurero vive con intensidad. Hace un despilfarro furioso de energía. Necesita comenzar muy temprano su carrera, y tiene que darla por concluida apenas traspuesto el límite de los cuarenta años, si a tanto llega su vigor. Desencantado del mundo o desengañado, como él dice, toma un rosario, busca una calavera y construye una ermita o bien profesa en una Orden religiosa de las de estricta observancia. Lo de siempre: «El diablo, hartado de carne, se hace fraile». El aventurero puede ir a Italia, a Flandes, a las Indias o no salir de España y si degenera en pícaro, se le halla, más que en los sitios extraños, en los centros españoles de la vida maleante.

Carlos Pereyra: *Soldadesca y picaresca* (1928)

Servando se embarca en Génova rumbo a Cataluña. Deja su baúl a cambio de un dinerillo para el pasaje. Mientras cruza el turbulento golfo de León se da tiempo para contener, gracias a su don de lenguas, un motín de los reclutas italianos, franceses y flamencos, hartos del bacalao podrido que les ofrecía el patrón de la nave como único sustento. Y enseguida cae parado en Barcelona, donde se apresura a juzgar a los catalanes, que le parecen feos pero industrioses. Su leyenda roñosa la conoce el fraile a la perfección, tratándose de un pueblo que no habla «otra cosa que de sueldos, libras y dineros». Y adelantándose a sus tiempos como capellán contra los franceses, recuerda que el marqués de Albaida, Grande de España y coronel de Almansa, se alojó en una finca solariega, se mandó a hacer un cinturón de lienzo con onzas de oro cosidas y cuando le mandaron cobrar confesó a Mier que le dieron ganas de tirarle la silla por la cabeza a la costurera: «Pero no hay remedio, allí no se da paso sin interna». Y ya se imaginará el lector el regocijo servandesco al narrar que en aquella comarca hasta los sacerdotes, para decir misa, tienen que llevar su vino y su cera.

* Fragmento de la Vida de Fray Servando Teresa de Mier (1763-1827), de próxima publicación en México.

Los curas catalanes están educados litúrgicamente a la francesa, no saben castellano, a lo que agregan la costumbre local de hacer de las viudas sus mujeres naturales. Asunto que permite al cronista recoger otra muestra de la corrupción clerical hispánica, pues «cuando los Papas se empeñaron en quitar a los clérigos sus mujeres legítimas, las Leyes de España les concedieron las barraganas, para que estén, dicen, seguras las mujeres de los vecinos»¹.

El capítulo VIII de la *Relación* repite las obsesiones negras de Servando, que como tales están condenadas a repetirse. Sin duda Mier le hace un favor a su hipotético lector: siempre se toma en cuenta (y en mucho) como cronista de esa forma hipersensible de la extranjería que vive en la península.

Las costumbres de la nobleza, su registro, están mostrencas pues le molesta que las órdenes de San Juan o Malta ya nada valgan y que los comerciantes lleven el precioso *don*, que ya lo lleva hasta el aire, «como decía Quevedo de *donaire*». Servando narra desde el bajo mundo: quedó atrás el aspirante a audiencia con Carlos IV. Más que un supuesto descendiente de Moctezuma, Servando es un Restif de la Bretonne, frailuno y americano, más a gusto quejándose de la mierda que pisando alfombras de oropel que resultan frecuentemente movedizas.

Pero al relatar la creciente indignidad de la nobleza española, recuerda que Las Casas en Valladolid, en 1550, logró que Carlos V exigiera que los nobles españoles pagaran tributo en América, pero éstos se tomaron la libertad de no hacerlo por costumbre. Y Servando recuerda que el no pagar tributo no ennoblece a nadie. Servando nunca tragó la ausencia de nobleza en sus orígenes. Gozó de las prerrogativas políticas y militares de su padre, un alto funcionario, pero ninguna de las familias radicadas en el Nuevo Reino de León, hacia 1775, tenía título de nobleza.

Mier, sin proponérselo, va más allá de la Leyenda Negra y ofrece un esquema de la decadencia política española a principios del siglo XIX. En Cataluña nota el odio nacionalista contra los castellanos y considera la variedad o «diferencia de lenguas» como un grave obstáculo a la unidad a la que aspira toda república cristiana. Encuentra en el presente español lo que serán las vejaciones, las corruptelas y las trapisondas de la vida pública en la América independiente, dividida, como aquella España, en multitud de leyes, monedas y valores.

Y precisamente valores que aprenderá a respetar en su trato con Grégoire y Blanco White, como la dignidad del trabajo, le parecen del todo ausen-

¹ Ibid., pp. 151-152.

tes en la vida española, como la execración de «oficios inocentes y necesarios» como el de mesonero y carnicero. Tras relatar la desesperación de los extranjeros que viajan por ese país, perseguidos por los limosneros y extorsionados en las posadas, Mier protesta contra el proverbial ¡coño!: «¿No es un escándalo que el pueblo español no pueda hablar tres palabras sin la interjección de una palabra tan torpe, cosa que no se ve en otra nación?»².

La Leyenda Negra o la geografía de la desgracia. Las mujeres pueden ser bonitas pero demasiado pequeñas. Los españoles no conocen otra manera de irrigar sus tierras áridas y sus montes infecundos que esperar en una balsa el agua del cielo. Y el revisionista guadalupano los remata diciendo que la predicación de Santiago en España fue negada por Benedicto XIV y Natal Alejandro, así como por su consejero en la Real Academia de Historia, el doctor Traggia, cuyo favor jamás olvidará. Otra autoridad a la que respeta, el doctor Yéregui, «inquisidor de la Suprema y maestro de los infantes de España», decía que rezar a las vírgenes del Pilar o de Loreto era una fábula intolerable.

Mientras peregrina una y otra vez por España, Mier puede ser el remedo de un viajero ilustrado como cuando dice que: «En Castilla hay pan y vino, y nada más; la olla son nabos; y la falta de comercio en la distancia a que ésta de los puertos la tiene en la miseria, y sus lugares son miserables y puercos. La arquitectura de sus casas me hace reír...»³.

Pero Madrid es la cloaca purgatoria. Desde la puerta de Fuencarral advierte unas «columnas de mármol, yo vi dos muy elevadas, y pregunté qué eran. Estiércol para hacer el pan» alimento de «un pueblo de potrosos, y no lo es sino de una raza degenerada, que hombres y mujeres hijos de Madrid parecen enanos, y me llevé grandes chascos jugueteando con alguna niña que yo creía ser de ocho o nueve años, y salíamos con que tenía sus dieciséis»⁴.

Servando repite su frenología del matritense, se burla del lenguaje de la canalla que sólo excreta majaderías sexuales y aberraciones gramaticales o se asombra de que paseen una virgen puta para atraer parroquianos para la alcahueta que la porta. Indecentes le parecen los Manolos y Curros, ese Juan Pueblo cuyas mujeres se empeñan en enseñar los senos con una invercundia única en Europa. Y no será el primer mexicano que se burle de la prominencia local de la Puerta del Sol, «una placita ante correo, y es el lugar más público de Madrid», rodeada de alcahueterías, meaderos públi-

² Ibid., p. 155.

³ Ibid., p. 158.

⁴ Ibid., p. 160.

cos entre los que es menester «entrar por un caminito que queda enmedio, recogiendo la ropa para no ensuciarse»⁵.

El desprecio servandesco por la vida popular lo aleja de los narradores picarescos. Pero sus ínfulas de aristócrata novohispano lo traicionan y resulta pícaro a su pesar, como en la más famosa de sus estampas matritenses, que no por realista ha dejado de asombrar a sus lectores: «De los balcones se arrojaban los bacines a la calle diciendo ‘Agua va’, como todavía se hace en Portugal. Carlos III se empeñó en quitar esa porquería de la calle, y los madrileños se resistieron, diciendo el protomedicato que por ser el aire muy delgado convenía impregnarlo con el vapor de la porquería. Carlos III decía por eso que los madrileños eran como los muchachos, que lloraban cuando les limpiaban la caca...»⁶.

Esta escena, que regocijó a Reinaldo Arenas, expresa la imposibilidad de ser un narrador picaresco sin aparecer irremediablemente como un pícaro. Es interesante recordar que Arenas dijo que su ambientación para *El mundo alucinante* provenía de la serie de José Deleito y Piñuela sobre la mala vida en la España de Felipe IV⁷. El novelista utilizó con éxito elementos más de un siglo anteriores a la visita servandiana, prueba literaria tanto de la inmovilidad barroca de Mier como de su España.

Quien cuenta que la gente arroja caca por las ventanas se enmierda alegremente. Pero no fue Servando un humorista en el sentido británico de la acepción, ni conoció la ironía francesa. Cultiva ese ingenio barroco que en su caso es indignación cómica. Nosotros nos reímos de Mier-mierda; ¿se ríe verdaderamente de sí mismo? La vida popular no le hace gracia. Fue ajeno a cualquier noción romántica de pueblo y nunca elogió ni escarneció a los indígenas mexicanos en cuanto individuos. El criollo norteño, sencillamente, no los vio ni los olió. Sus indios eran la tribu perdida de Tomás Apóstol.

En Madrid, la ciudad salvaje, encuentra mal dispuestas hasta las instituciones más venerables del Imperio. Ni el Patriarcado de Indias, ni la Inquisición ni las Órdenes militares o monásticas ocupan jurisdicciones dignas de su aprobación. Los más repugnantes entre las criaturas matritenses son, por supuesto, los frailes, cuya asistencia a la Ópera resultaba tan escanda-

⁵ Ibid., p. 163.

⁶ Ibid., p. 180.

⁷ José Deleito y Piñuela [1879-1957], *La mala vida en la España de Felipe IV, El Rey se divierte y... también se divierte el pueblo*, Alianza Editorial, Madrid, 1987-1988. Según una fuente, Reinaldo Arenas sólo habría leído el tomo II de las *Memorias de Servando*. El poeta cubano Octavio Armand dice: «Una vez hablé con Arenas acerca de fray Servando. El se basó, para su libro, en una lectura incompleta de las *Memorias*. Me dijo que sólo había conseguido, entonces, uno de los volúmenes». [carta a Christopher Domínguez-Michael, 7/V/1990].